

# EN LA PLAYA

## ¡ALBORADA!

Siento mi alma herida, como en años anteriores, por el impaciente afán de saborear con dulcísima fruición los encantos indescriptibles, edénicos, de estos bellísimos amaneceres de Resurrección; cargados de añoranzas, henchidos de lirismo, impregnados de ternuras e idilios, que rozan suaves mi alma, haciéndola vibrar de felicidad. Para gozar todas las magnificencias de esta alborada de Pascua hace ya rato que estoy aquí, acompañado de la soledad que me es tan grata: gustando las delicias que me brinda este matinal y refrescante paseo de playa, junto al mar, por esta arena bañada por las olas mis compañeras, que ya empiezan a retirarse, pero lánguida, perezosa, lentamente; cual si estuviesen esperando ansiosas el nacimiento del sol amigo, para saludarlo con sus lenguas de cristal, y marchar satisfechas a besar otras playas.

Se acerca el día. Lo anuncia la alborada con esos haces de luz, aún confusa, que se ven surgir detrás del monte, clareando las gigantes cumbres cubiertas de verdor y rezumando vida. Lo anuncian los trinos de los pájaros cantores, que despiertan llamados por el alba, y entonan, más agradecidos que el hombre, ese himno grandioso, uniforme y variado a la vez, cuyos ecos llegan desde el cercano monte: el himno mismo que entonaron a su Criador, cuando por vez primera batieron libres sus alas en los albores del mundo, dueños del espacio.

Se acerca el día. Lo dicen esas nubes y neblinas pintadas de colores indefinibles, y que poco a poco vanse revistiendo de magníficos arboles. Lo dicen las estrellas que se apagan, y la luna que palidece, y el horizonte que se enciende, y las flores de los jardines y los árboles del bosque, que se desmerecen a las suaves caricias del venticillo mañanero. Lo dice el mar de azul intenso, y las olas que juegan como niñas alegres, y corren una tras otra pugnando por alcanzarse sin conseguirlo.

¡Surgió el sol nadando en luz, y llegó el día de Resurrección!  
¡Aleluya!

¡Alborada esplendorosa de Pascua, gemela de tantas otras que he pasado saboreando siempre las mieles de esta mística y religiosa poesía que yo no sé explicar, porque tiene más de cielo que de tierra, Bendita seas! Tu penetras lo más íntimo de mi corazón, rociándole con el bál-

samo de las segurísimas y consoladoras esperanzas del porvenir; que hoy aparece sin velos, y se presenta límpido, sin nubes, con diaphanidades de paraíso.

¡Las esperanzas del porvenir! Eso es lo que mi alma ve, y adivina y siente en estas radiantes alboradas de Resurrección. Porque si en mis Evocaciones de Semana Santa, quedé mi corazón envuelto por las neblinas del recuerdo, y se desprendió de mis ojos una lágrima que fué a humedecer la tumba de los míos; no me detengo, no puedo detenerme ahí; porque más allá de las sombras del sepulcro, mi fé católica vislumbra los bellos horizontes de la eternidad, iluminados por las inextinguibles claridades del Edén.

Esta Pascua de Resurrección, tan llena de luz y de vida, me habla de otra resurrección, que obligará a la muerte voraz a devolver todas sus víctimas. Y en ese resplandeciente y felicísimo día, yo veré, y abrazaré, y poseeré, embriagado de dichas, a los que tan queridos me fueron en el mundo, desaparecidos en luctuoso día del nido del hogar.

¡Consoladora esperanza, a cuyo recuerdo palpita en esta hora mi corazón presa de dulcísimas e intensas emociones, con bríos de amores nuevos y de vida nueva!

¿Qué importa la cerrazón de las tumbas, si allende el sepulcro, al primer paso, se nos franquearán las puertas de la Vida inmortal? ¿Qué importan las heridas del combate, si roza ya nuestras frentes los verdes laureles del triunfo? ¿Por qué llorar sin esperanza en las breves horas del destierro, si pronto habrán de trocarse en las sonrisas y eternos abrazos de la Patria?

A las tinieblas y eclipses de Viernes Santo siguieron los gigantes oleadas de luz, con que el sol inundó los jardines de la Resurrección en este día memorable. Los ojos purísimos de la Madre Dolorosa, y los de la inconsolable Magdalena, enrojecidos por las hirvientes lágrimas derramadas sobre la losa del Sepulcro, brillaron transfigurados por gozos y consuelos inenarrables, en las escenas conmovedoras de aquellos encuentros, tan divinos y tan humanos, con el gloriosísimo Vencedor de la muerte.

He ahí lo que yo también me atrevo a esperar ante las seguridades de mi fé. Volverán, volverán las alboradas de Resurrección de aquellos inocentes y felicísimos años, cuando yo y mis angelicales hermanitas iba-

mos a la procesión del Encuentro; y alegres como el cimbalillo de la torre que sonaba a gloria, presenciábamos el conmovedor y tiernísimo abrazo de la Virgen con su Hijo resucitado.

Y volverán bañadas con todas las ternuras y delicadezas de aquellos mismos amores inocentes, purísimos, que tenían sabores de paraíso. Y entonces, embriagado de felicidad, las encontraré como yo quiero, y espero me lo ha de conceder el cielo, con sus trajecitos blancos, con sus caritas de angel, con aquella sonrisa que era para mí el colmo de todas las dichas y de todos los gozos. Y tendré la suprema, la infame seguridad de no perderlas; pues ya no habrá que temer ni las inquietudes de la ausencia, ni el vacío de la soledad, ni los ultrajes de la muerte.

Todo me lo recuerda esta alborada de Pascua; todo me lo asegura mi fé, que en esta hora está fecundando mi corazón con el benéfico rocío de las esperanzas del porvenir. Y miro al cielo con nostálgica mirada, y lo saludo como a mi verdadera patria, y la de los míos, que ya me precedieron en el viaje dejándome en los arenas infecundos del destierro. Y sé que al través de las nubes, más allá de ese azul celeste, viven y esperan anhelantes el día del encuentro definitivo y eterno.

¡Pensamiento consolador! Jesucristo ha resucitado. Resucitaré también yo: yo que voy humedeciendo, años hace, el camino de la vida con las lágrimas que de mis ojos arrancaron el dolor y las separaciones de la muerte.

Si; resucitaré; y en ese día resplandeciente que no tendrá noche, será el final de las lágrimas y del dolor, de la soledad y de las sombras; y el principio de las eternas sonrisas, de los encuentros y abrazos, de los éxtasis y deliquios y arrobamientos del corazón, al saborear toda la plenitud de la bienaventuranza y de la dicha.

Y resucitaré con ellos; con mis queridos muertos: ¡con Carmencita y Concha!

¡¡¡Aleluya!!!

EL SOLITARIO.

